

**MORALIDAD DE EXCEPCIÓN Y JUSTIFICACIÓN DE LA VIOLENCIA EN LA TEORÍA  
POLÍTICA DE NICOLÁS MAQUIAVELO**

**ELIZABETH PUENTES PEÑA**

**UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS**

**ESCUELA DE FILOSOFÍA**

**2008**

**MORALIDAD DE EXCEPCIÓN Y JUSTIFICACIÓN DE LA VIOLENCIA EN LA TEORÍA  
POLÍTICA DE NICOLÁS MAQUIAVELO**

**ELIZABETH PUENTES PEÑA**

**Proyecto de grado para optar al título de  
Filósofo**

**Director:**

**ALONSO SILVA ROJAS**

**Ph. D. Filosofía Política**

**UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER**

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS**

**ESCUELA DE FILOSOFÍA**

**2008**

## TABLA DE CONTENIDO

	<b>Pág.</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>1</b>
<b>1. LA OPCIÓN REPUBLICANA</b>	<b>4</b>
<b>1.1. CONSIDERACIONES SOBRE MILICIA</b>	<b>8</b>
<b>1.2. CONSIDERACIONES SOBRE RELIGIÓN</b>	<b>10</b>
<b>2. VIOLENCIA COMO MEDIO</b>	<b>14</b>
<b>2.1. VIOLENCIA EN PRINCIPADOS</b>	<b>23</b>
<b>3. ACTUALIDAD DE MAQUIAVELO</b>	<b>27</b>
<b>CONCLUSIONES</b>	<b>34</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	<b>37</b>

## RESUMEN

**TÍTULO:** MORALIDAD DE EXCEPCIÓN Y JUSTIFICACIÓN DE LA VIOLENCIA EN LA TEORÍA POLÍTICA DE NICOLÁS MAQUIAVELO\*

**AUTOR:** Elizabeth Puentes Peña\*\*

**PALABRAS CLAVES:** Moral, política, Estado, crisis, estabilidad, excepción, justificación, violencia.

### DESCRIPCIÓN:

En cada época, en cada situación, es posible encontrar un cambio y hasta una inversión de los juicios sobre las teorías planteadas por Nicolás Maquiavelo, algunos de estos análisis dan relevancia al carácter innovador del autor al sentar las bases de la razón de Estado, otros exaltan la inclusión del método histórico comparativo en el estudio de la política; pero, en la mayoría de los casos, aún sin leer su obra se tiene una noción sesgada de su filosofía a tal punto que el término “maquiavélico” se ha convertido en sinónimo de crueldad, perfidia, egoísmo, engaño y en general, para designar todo tipo de maniobras hacia el mal.

El presente trabajo, pretende analizar la teoría política del florentino, a fin de dilucidar los puntos de vista del autor sobre moral y política, para ello se ha hecho hincapié en los aspectos en los que el autor pone de relieve el uso de prácticas violentas y su justificación en el ámbito político como maniobras que sólo son admisibles dentro de una ética de excepción, exclusiva para el gobernante, y que, sólo son aceptables en situaciones determinadas en las que se encuentre en riesgo la estabilidad del Estado. Esta ética, en manera alguna, debe entenderse como máximas de una moralidad universal.

Para finalizar, se muestra mediante ejemplos contemporáneos, la vigencia de Maquiavelo en la forma de hacer política, tanto en la teoría como en la práctica y lo imprescindible que resulta su teoría en la toma colectiva de decisiones que supone la democracia actual

---

\* Monografía de Grado

\*\* Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Filosofía. Director: Alonso Silva Rojas.

## SUMMARY

**TITLE:** MORALITY OF EXCEPTION AND JUSTIFICATION OF THE VIOLENCE IN THE POLITICAL THEORY OF NICCOLÒ MACHIAVELLI\*

**AUTHOR:** Elizabeth Puentes Peña\*\*

**KEY WORDS:** Moral, politics, the State, crisis, stability, exception, justification, violence.

### DESCRIPTION:

In every epoch, in every situation, it is possible to find a change and up to an investment of the judgments on the theories raised by Niccolò Machiavelli, some of these analyses give relevancy to the innovative character of the author after sit the bases of the reason of State, others exalt the inclusion of the historical comparative method in the study of the politics; but, in the majority of the cases, still without reading his work a skew notion of his philosophy is had to such a point that the "Machiavellian" term has turned in synonymous of cruelty, perfidy, egoism, trick and in general, to designate all kinds of maneuvers towards the evil.

The present work, he tries to analyze the political theory of the Florentine, in order to elucidate the points of view of the author on mulberry tree and politics, for it one has emphasized the aspects in which the author emphasizes the use of violent practices and his justification in the political ambience like maneuvers that are only admissible inside ethics of exception, exclusive interview for the leader, and that, they are only acceptable in certain situations in which the stability of the State is in risk. These ethics, in some way, must be understood like maxims of a universal morality.

To finish, Machiavelli's validity appears by means of contemporary examples, in the way of doing politics, so much in the theory as in practice and the essential thing that turns out to be his theory in the collective capture of decisions that supposes the current democracy.

---

\* Degree monograph

\*\* Faculty of Human Science. Philosophy School. Director: Alonso Silva Rojas

## INTRODUCCIÓN

Estudiar hoy a Nicolás Maquiavelo, luego de cinco siglos de múltiples análisis que ponen de relieve su carácter innovador, ya sea por haber dejado de lado los criterios morales que buscaban sentar las bases de un buen gobierno, para, en cambio, buscar las bases de su eficacia; o por haber incluido el método comparativo histórico en el estudio de la política, o por el contrario, para dar relevancia a una filosofía inmoral que no pone límites a los medios empleados por el actor más allá que los que den como resultado una política exitosa.

Esto hace que resulte complicada una lectura incauta de este clásico y hace más complicado aun, pretender decir algo nuevo sobre su filosofía, -lo que parecería un despropósito-, por tanto, la contribución de este trabajo se limita a dar cuenta de cómo las ideas expresadas por el florentino en *El Príncipe* y en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, pueden ayudar a pensar algunos problemas de moral y de política aún vigentes, ello desde el argumento que puede ser considerado como el aporte más significativo de su filosofía política, esto es, la propuesta de una excepción ética propia de lo político en la que es permisible y hasta legitimable el engaño, la crueldad y la violencia como usos que no solo hacen parte de la “verdadera realidad” del ejercicio político, sino que además, son aconsejables para asegurar su eficacia.

La tarea fundamental de este trabajo es dar respuesta a 3 preguntas básicas que guiarán la reflexión que a continuación se presenta.

1. En un primer momento, se analizará mediante el ejemplo de la república romana, a la luz de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, las preferencias del autor por los regímenes basados en la libertad, a fin de esclarecer el siguiente interrogante: ¿Cuáles son, en realidad, los puntos de vista sobre moral y política expresados por Maquiavelo? La importancia de esta respuesta radica en la necesidad de dar un enfoque hermenéutico a la

2. filosofía del florentino a fin de desprender su teoría de la carga negativa que el término “maquiavélico” representa.
3. En una segunda instancia, se abordarán los ejemplos más relevantes empleados por el florentino en los cuales se pone de manifiesto su teoría de los usos del mal, haciendo hincapié en los aspectos en los que se acentúa el uso de prácticas crueles, esto, a fin de responder a la pregunta ¿Qué valor puede llegar a ser tan importante en un Estado como para justificar el empleo de la violencia?
4. Para finalizar ¿Son aplicables las ideas de Maquiavelo a las sociedades actuales, están sus teorías aún vigentes? Para dar respuesta a este cuestionamiento, se mostrará, mediante ejemplos contemporáneos, lo que la política actual puede llegar a tener de “maquiavélica”. Es decir, hasta dónde se han universalizado, en la praxis, unas máximas que en una primera instancia fueron concebidas por el autor para ser aplicadas únicamente en los momentos críticos de un Estado, en los que se requiere acudir a medidas extraordinarias.

Este escrito no pretende ser una apología a las tesis elaboradas por el florentino, tampoco aspira a explicar su obra, ya que ella, por sí sola, puede llegar a ser más explícita que cualquier intento por contribuir a su interpretación. No se aspira a valorar la vida del hombre detrás de la obra, ni a hacer un análisis histórico de su entorno socio-cultural, pues la historiografía ya hizo lo propio para ubicar el pensamiento del autor en su contexto histórico; además, esto no se considera relevante, para este estudio, ya que el interés que este persigue es apuntar cómo se ven desde la perspectiva del florentino algunos aspectos de la política contemporánea y cómo desde ella pueden tener tratamiento algunos problemas de moral y de política.

Lo que se propone este trabajo, entonces, es mostrar cómo las máximas planteadas por Maquiavelo, solo son universales en la arena política, bajo parámetros determinados y situaciones específicas, en las que la corrupción del Estado ha trasgredido los límites de la ley y el caos generalizado amenaza con ponerle fin a la vida civil.

Estas máximas que, por tanto no han de trascender de manera alguna al común de la sociedad y han de permanecer como exclusivas del poder político, han de ser replanteadas debido a que la democracia actual impone a la sociedad en general la necesidad de posicionarse y elegir políticas gubernamentales.

## 1. LA OPCIÓN REPUBLICANA

La preocupación que impulsó a Maquiavelo, y sobre lo que se erige toda su filosofía política, fue la corrupción generalizada en la que se encontraba Italia y en particular su natal Florencia. Quiso comprender el por qué del deterioro de sus instituciones y del desmoronamiento social, quiso saber qué errores se cometieron y a qué o a quién correspondían, si fueron causa del mal ordenamiento jurídico o carencia de virtud de los actores políticos. La preocupación por su presente lo impulsó a plantear la problemática de los Estados en crisis, el por qué de su decadencia y las posibles salidas a ella.

Sus planteamientos teóricos se manifiestan al leer cualquiera de sus grandes obras, su trabajo investigativo en los *Discursos*, parte de la formulación de cuáles han sido siempre los principios de cualquier ciudad y en *El Príncipe* parte de establecer la tipología de toda clase de principados. En ellos no busca soluciones específicas para la salida del conflicto florentino, sino que en su búsqueda trata de identificar lo que hay de necesario y de contingente en las situaciones difíciles de cualquier Estado, sea república o monarquía, para luego, hacer un análisis general de ello que pueda ser aplicable no solo a la situación política de Florencia e Italia, sino de cualquier Estado en general que se halle en conflicto.

Al leer los *Discursos*, llama la atención que desde el primer capítulo centra su interés en la Roma republicana ¿Por qué Roma, si su preocupación reside en la situación política actual de Italia? La respuesta es dada por la historia, porque Maquiavelo tiene por convicción que tanto el hombre como los pueblos son iguales, tanto en sus ambiciones como en sus vicios y que quien estudia el pasado conoce el presente y prevé el futuro. Maquiavelo tiene la esperanza de que si es posible identificar la clave de la gloria romana es posible repetirla.

Maquiavelo, gracias a su estudio de la historia hecha a través de Tito Livio, elige a Roma por considerarla el mejor ejemplo de perfección, debido a la larga vida que tuvo como Estado, quiere reconocer en Roma las causas y las instituciones que la

condujeron a tal perfección. Sin embargo, no quiere estudiar en Roma solo las causas de su longevidad y su gloria, sino identificar la manera como afrontaron sus dificultades y lograron consolidar con ello su Estado.

Si se considera entonces que la perfección de un Estado está dada por su longevidad, es obvio que la mayor amenaza para estos radique en aquellas situaciones en las que se pone en riesgo su estabilidad. La preocupación del florentino, por estas situaciones de amenaza, se manifiesta tanto en los *Discursos* como en *El Príncipe*, a pesar de que las dos obras parecen abordar objetivos diferentes, el primero por tratar el gobierno de las repúblicas y el segundo el gobierno de los principados, ambas tienen un objetivo en común: aprender como preservar los Estados y en especial, como preservarlos en situaciones críticas de corrupción generalizada.

Maquiavelo, al examinar, tanto en *El príncipe*, como en los *Discursos*, las condiciones más aptas que propician la estabilidad de los regímenes políticos – tanto en principados como en repúblicas- opta por denominar “virtud” a la capacidad de un Estado para afrontar los reveses de la fortuna. Así, si en un Estado no se encuentra virtud, devendrá de manera inminente el problema de la estabilidad política del régimen. En el caso particular de las repúblicas, un régimen es virtuoso en la medida en que permita la realización del ciudadano dentro de la actividad política que es lo que a su vez propicia las condiciones para el desarrollo de la virtud individual.

El florentino se niega a aceptar que fue la buena fortuna que tenía la república romana, lo que evitó que los frecuentes tumultos que en ella se presentaban, a causa de los enfrentamientos entre los nobles y la plebe, fuesen lo suficientemente nocivos como para desestabilizar el régimen, pues estas luchas entre clases sociales, por el contrario, condujeron no solo la creación de leyes favorables para su libertad sino que la hicieron posible.

Maquiavelo, con su propósito establecido, es decir, identificar la manera como Roma consiguió su gloria a pesar de las situaciones críticas, descubre que la clave de su grandeza y de su éxito, radicó en la libertad, en la libertad civil, de ahí su evidente desprecio por los pueblos formados y desarrollados en la opresión, porque en ellos no hay señal de ninguna virtud y por tanto de ellos no es posible aprender algo.

La razón de la preferencia por el régimen republicano sobre el monárquico se expresa en los *Discursos* así;

Es fácil conocer de donde viene al pueblo esa afición de vivir libre, porque se ve por experiencia que las ciudades nunca aumentan su dominio ni su riqueza sino cuando viven en libertad [...] cuanta grandeza alcanzó Roma después de liberarse de sus reyes, la causa es fácil de entender: porque lo que hace grande las ciudades no es el bien particular, sino el bien común (Maquiavelo, 1987: 186)

Como se puede ver, este tipo de libertad republicana no posee un valor en sí misma, es solo un medio para la grandeza política, no se trata de una libertad liberal sino de la libertad antigua, la de los clásicos para quienes la libertad no podía ser asegurada más que en una comunidad que se autogobierna, un pueblo libre, entonces, era aquel que tenía una participación activa en el poder colectivo y que se hallaba exento de cualquier tipo de servidumbre, independientemente de si esta venía del interior de una tiranía o del exterior desde un imperio.

La preferencia por la libertad y por tanto por la república como la opción elegida por Maquiavelo, es expresada de manera aun más directa en su segundo discurso del libro II en el que hace la defensa del pueblo como más sabio y más constante que un príncipe, en el que se opone con vehemencia a quienes afirman que

cuando el pueblo es soberano es de naturaleza voluble e ingrata, ante esto el florentino dice que no se encuentran en el pueblo estos defectos en mayor medida que en un príncipe en particular, pues un príncipe que no tiene obligación de acatar la leyes, será más ingrato y más voluble que el pueblo mismo. A este respecto, aunque el autor parece apartarse de su tradicional concepción de la naturaleza humana como frágil, veleidosa e inconstante, aplica, por el contrario, este criterio a todo tipo de individuos y reconoce que cualquiera que se encuentre al margen de la ley y más aún si es príncipe, tenderá a la satisfacción egoísta de sus propias pasiones, así sea a expensas de la moralidad, pues si se compara a un pueblo sin ley con un príncipe sin ley, se encontrará más virtud en el primero que en el segundo y menos errores en su ejercicio del gobierno, siendo los errores del pueblo más fáciles de remediar “porque a un pueblo licencioso y tumultuario puede un hombre hablarle y llevarlo a buen camino, pero a un mal príncipe, nadie le puede hablar, y contra él no hay más recurso que la espada”(Maquiavelo, 1987: 171)

El autor recurre al pueblo, como detentor del poder, no solo por el concepto negativo que la naturaleza humana le merece y a la que no escapa el príncipe, lo hace en respuesta a las aspiraciones y necesidades que tienen las partes involucradas; es decir, el pueblo será el mejor garante de la libertad por ser esta su única posesión y además, porque no puede aspirar a ser opresor de los nobles, ya que nada tiene ni siquiera esperanza de conseguirlo; dicho en palabras del autor “el pueblo es en fin más honesto que los grandes, ya que estos quieren oprimir y aquel no ser oprimido.” (Maquiavelo, 1993: 39) Por consiguiente, hay mayores deseos de vivir libre al tener menos poder que los grandes para usurparla.

Este deseo de vivir en libertad hace que los ciudadanos se dediquen al servicio de los asuntos públicos y presten especial cuidado a la defensa de la libertad del Estado, ello como elemento indispensable de una vida virtuosa que es lo que garantiza también su libertad individual.

Según lo dicho hasta ahora, el régimen republicano es el modelo ideal para el florentino, ya que por ser un Estado basado en la libertad, tiene más capacidad de grandeza, pues a diferencia de lo que sucede en los principados, en los que lo que hace el príncipe para su beneficio, acarrea el perjuicio del pueblo y viceversa, en la tiranía, por ejemplo, lo que es prospero para el tirano, seguramente será nocivo para el desarrollo del Estado; en las repúblicas, en cambio, lo que beneficia a la ciudad, beneficia también a su comunidad. Así, en la república el interés del pueblo y el interés del gobierno no tienen discrepancia, al contrario, convergen en las políticas de expansión y de repartición de riquezas, lo que lo hace apto para la grandeza y la perfección.

### **1.1. CONSIDERACIONES SOBRE MILICIA**

Los reiterados argumentos expuestos por el florentino, en la importancia del poderío militar de los Estados, podrían constituir un argumento para afirmar que en su obra existe una apología al uso de la violencia. No obstante, Maquiavelo acentúa que la relevancia de las armas radica en que estas son el medio más eficaz para garantizar la soberanía del Estado, ante potencias extranjeras que pretendan la inclusión en el territorio o ante los conflictos que se generen al interior del Estado a raíz de la inobservancia de la legislación, en efecto, “por dos razones se hace la guerra en una república: para convertirse en su señor o por miedo de que ella te invada” (Maquiavelo, 1987:47) En consecuencia, restarle importancia a los ejércitos y por tanto despreciar el arte de la guerra, conduce a la ruina de un Estado, conocerlo, es el medio más efectivo para asegurarse en el poder.

La constitución de un ejército, por tanto, no implica que este se convierta en ejecutor constante de violencia que someta a la población civil a un régimen de terror, la función de la milicia es por el contrario el medio más seguro de garantizar la vida libre de los ciudadanos del Estado. Este es el motivo por el cual la república debe entregar sus armas al pueblo, porque cuando los soldados son

además ciudadanos se garantiza que en la guerra actúan con mayor valentía y arrojo, ya que de ello depende la seguridad de sus bienes y sus familias, es decir, pelean por sus propios intereses.

De aquí el repudio de Maquiavelo por los ejércitos mercenarios, porque este sistema a diferencia de la milicia popular, que de hallarse bien ordenada, tendría todo su interés en la defensa de su Estado y de la paz, los servicios de los ejércitos mercenarios se basaban en un contrato de servicios militares establecido entre un gobernante y un condottiero, el cual formaba y organizaba a un grupo de hombres en armas dispuestos a vender sus servicios, es decir una conjunto de mercenarios que iban a la guerra en mandato de quién les pagara. Este tipo de ejércitos constituía una amenaza, incluso para el Estado contratante, ya que además de que su lealtad y efectividad estaban condicionadas por un pago, les era conveniente prolongar las guerras o producir otras nuevas entre los Estados para poder subsistir, o de lo contrario, dedicarse al saqueo.

A los ejércitos mercenarios, Maquiavelo se refiere con las siguientes palabras: “No poniéndose al servicio del Estado esta clase de tropas sino por el interés de un salario que nunca es tan cuantioso que equivalga al riesgo de perder la vida, solo sirven con gusto en tiempo de paz y luego que se declara la guerra es muy difícil sujetarlas a una rigurosa subordinación”(Maquiavelo, 1987: 138) La estabilidad de un Estado será, por tanto, más segura en la medida que dependa de sus propias fuerzas y que quienes hagan parte del ejército, lo hagan por su lealtad a la república y en procura de su grandeza.

Porque en aquellos ejércitos en donde no hay una adhesión a aquello por lo que combaten que los convierta en sus partidarios, nunca podrá existir tanta virtud que les permita resistir a un enemigo un poco valeroso, y como este amor y este valor no puede nacer en otros sino en tus súbditos, es necesario si se

quiere conservar el poder, si se quiere mantener una república o un reino, formar el ejército con tus propios súbditos. (Maquiavelo, 1987: 136)

En consecuencia, los individuos que guardan identidad cultural y social entre ellos y de ellos con el Estado por el que luchan, será mayor su fidelidad con respecto a aquellos a los que une un simple interés económico, por lo tanto, con un ejército propio el Estado asegura la disciplina, la cohesión y en definitiva un probable triunfo sobre el enemigo.

## **1.2. CONSIDERACIONES SOBRE RELIGIÓN**

Uno de los factores preponderantes que influyeron de manera negativa a difundir la leyenda negra del maquiavelismo es el que constituyen sus argumentos en contra de la religión Católica y su poder temporal, sin embargo, como se verá a continuación, el autor sienta sus críticas sólo en el cristianismo, a la religión en general; en cambio, atribuye una gran importancia en el mantenimiento del Estado, ya que éste, en la medida en que apoye sus ordenamientos en preceptos religiosos asegura su observancia por parte de los individuos, debido a la importancia que ésta ejerce en su voluntad y sus decisiones.

Maquiavelo, dentro de la descripción que hace de los tipos de Estados los divide en principados y en repúblicas, dentro de la tipificación de los primeros da un lugar a los eclesiásticos, aunque solo hace mención a uno en particular, al Estado Pontificio al que le dedica todo el capítulo XI de *El príncipe*. En este texto, la crítica al poder de la iglesia se limita a una somera descripción en la que argumenta que son los únicos estados en los que el príncipe no se preocupa ni por defenderlos ni por gobernarlos, porque son mantenidos por Dios y por tanto

“discurrir sobre ellos sería un acto de hombre presuntuoso y temerario”  
(Maquiavelo, 1993: 44)

En los *Discursos*, en cambio, no se cohibe de manera alguna en sus críticas –muy seguramente por el hecho de que este trabajo no estaba dedicado a un personaje vinculado con la iglesia con el que pretendiera recuperar su empleo como funcionario del gobierno florentino- aquí dedica cuatro capítulos a la importancia de la religión como eje fundamental en la consolidación de la república romana, pero, dentro de su discurso, aprovecha para hacer alusiones directas al cuerpo religioso de la iglesia católica, quienes le merecen todo el desprecio, ya que culpa al clero de haber convertido a sus fieles en afeminados, irreligiosos y malvados, esto porque la iglesia ha enseñado al pueblo a “glorificar más a los hombres contemplativos que a los activos” y hace despreciar los honores mundanos, la religión de los antiguos, en cambio, al tener estos en alta estima hacía a los hombres más arrojados en sus actos, en la actualidad “[...] cuando la religión te pide que tengas fortaleza, quiere decir que seas capaz de soportar, no de hacer, un acto de fuerza”(Maquiavelo, 1987: 188 )

Además de esto, culpa a la Iglesia del peor de los males que han acaecido sobre Italia, que es no haberla unificado bajo una autoridad central única ya que a pesar de encontrarse ésta bajo su dominio, no ha tenido la virtud suficiente como para hacerse con su posesión absoluta, sino que la han mantenido fraccionada en varios Estados pequeños; por otro lado, tampoco ha sido tan débil como para permitir que otro la ocupe y pueda así reunirse bajo un único gobernante que tenga la capacidad de mantener el orden social. La iglesia católica, por tanto, no cumple con el papel que, al entender de Maquiavelo, debe desempeñar una religión en la estabilidad de un Estado, pues esta iglesia no ha ayudado al pueblo a definir su identidad, a crearle un misticismo que le confiera fuerza y le proporcione justificaciones a su actuar.

Un ejemplo de la importancia de las prácticas religiosas y de los beneficios que puede traer su desempeño para la estabilidad del Estado, es dado por Maquiavelo en los *Discursos* al relatar como Rómulo, al momento de fundar Roma, no consiguió instaurar todas las leyes que eran necesarias para mantener al pueblo ordenado, pero tras la elección por parte del Senado de Numa fue posible superar la crisis, pues acudió a la religión y al temor de Dios para suplir con la fe los vacíos de la legislación, con lo que consiguió que la república retornara a una vida civil ordenada, esto ya que las leyes que se basan en creencias religiosas refuerzan su observancia por parte del pueblo, quien al considerarlas parte de una realidad trascendente no se preocupa por hallarles sentido, criticarlas u oponerse, solo le preocupa acatarlas, lo que hace que se conviertan en elemento eficaz para el mantenimiento del orden social.

Maquiavelo, afirma en los *Discursos* que “Los príncipes o los Estados que quieran mantenerse incorruptos deben sobre todo mantener incorruptas las ceremonias de su religión, y tener a esta siempre en gran veneración, pues no hay mayor indicio de la ruina de una provincia que ver que en ellas se desprecia el culto divino” (Maquiavelo, 1987: 67) así, el autor no sólo incluye la observancia de la religión para la consolidación y conservación del Estado, sino que, además muestra que la requiere. Chabod advierte que esta postura por parte del florentino deja ver que “la religión bien puede constituir, junto con las leyes buenas y la milicia, el fundamento de la vida nacional [...] por constituir un freno para la corrupción y un elemento para el desarrollo ordenado de la vida colectiva” (Chabod, 1984: 89)

Aquí radicó el error de la iglesia en Italia, hizo que el pueblo dejara de sentir la religión como suya y pasó a ser despreciada por sus fieles, debido a los malos ejemplos de sus dirigentes y perdió así su papel fundamental de cohesionador de la sociedad, al corromper a los ciudadanos y hacerles perder su identidad, sus costumbres y su respeto a la ley. Es por tanto que, a Maquiavelo, el cristianismo no le merece respeto alguno, porque en vez de apoyarse en la religión y utilizarla

como medio para unir a sus fieles y unificar Italia, lo único que hizo fue disgregarla.

Como se ha visto hasta ahora, la religión ocupa un lugar tan privilegiado en los asuntos de gobierno, como el ocupado por una buena legislación y un buen aparato militar, todas entran en mutualismo, así como la relación religión-leyes trae excelentes resultados en la conservación del orden social, como se vio en el caso de Roma, de la misma manera la buena relación entre armas y religión puede contribuir a la grandeza de un Estado.

En efecto, “puede verse, analizando atentamente la historia romana, que útil resultó la religión para mandar los ejércitos [...] porque donde hay religión, fácilmente se pueden introducir las armas, pero donde existen las armas y no hay religión difícilmente se puede fundar ésta.”(Maquiavelo, 1987: 64) los capitanes romanos aprovechaban las creencias de sus soldados para hacerles jurar lealtad y fidelidad no sólo a la república sino a Dios, con ello, si transgredían los preceptos militares no sólo debían temer a las leyes humanas, también a las divinas, lo que aseguraba eficacia en la disciplina militar.

Como se ha podido ver, la religión fue uno de los pilares de la gloria de la Roma republicana, además fue una de las armas para la defensa de su libertad, pues, “donde falta el temor de Dios, es preciso que el pueblo se arruine o sea sostenido por el temor a un príncipe que supla la falta de religión.”(Maquiavelo, 1987: 66) Y por tanto, son dos las opciones: el temor a un Dios que garantice el cumplimiento de las leyes que se basan en preceptos religiosos o el temor a un gobernante que con crueldad imponga su observancia y por tanto conduzca a la tiranía.

## 2. VIOLENCIA COMO MEDIO

En cada época, en cada situación, se ha hecho una lectura de Maquiavelo. En palabras de Cassirer “de un siglo a otro y casi de generación en generación, encontramos no solo un cambio sino una inversión completa de los juicios sobre *El Príncipe*” (Cassirer, 1996: 134), La valoración de éste, ha pasado de la censura y la condena a la alabanza y la veneración, pero en ningún caso ha pasado inadvertido. Podría decirse que sin haber leído a Maquiavelo, todo el mundo tiene una noción de su filosofía y en la mayoría de los casos se tiene una visión sesgada desde el término “maquiavélico” que es siempre sinónimo de engaño, de crueldad, de egoísmo, de perfidia y más que mal mismo es una maniobra hacia el mal.

Ya dentro de quienes leen y malinterpretan su doctrina, la entienden como una filosofía práctica que tiene como máxima una conducta universal que se aplica en todos los ámbitos del individuo, sin ninguna limitación de carácter moral, en la que toda acción está permitida y que legitima cualquier recurso que posibilite alcanzar un objetivo determinado. Sin embargo, la filosofía del florentino va más allá de una mera voluntad de desacato de la moral y no es, en manera alguna, una moral alternativa a la moralidad general, lo que Maquiavelo plantea, en cambio, es una ética que solo es aceptable en situaciones determinadas en las que la estabilidad del Estado se encuentre en riesgo. El autor no se opone a los estándares éticos aceptados por la comunidad, en ningún momento las rechaza para proponer una nueva moralidad basada en la inmoralidad, por el contrario, intenta trazar los límites de ésta en el ámbito político a fin de asegurar la efectividad del gobierno.

Estos dos tipos de ética son explicados por Max Weber así:

Tenemos que ver con claridad que cualquier acción orientada éticamente puede ajustarse a dos máximas fundamentalmente distintas

entre sí y totalmente opuestas: puede orientarse según la ética de la convicción o según la ética de la responsabilidad. No es que la ética de la convicción signifique una falta de responsabilidad o que la ética de la responsabilidad suponga una falta de convicción. No se trata de eso. Sin embargo, entre un modo de actuar conforme a la máxima de una ética de convicción, cuyo ordenamiento, religiosamente hablando dice: “El cristiano obra bien y deja los resultados a la voluntad de Dios”, y el otro modo de obrar según la máxima de la ética de la responsabilidad, tal como la que ordena tener en cuenta las previsibles consecuencias de la propia actuación, existe una diferencia insondable. (Weber, 2002: 65)

Según lo anterior, Maquiavelo enfatiza que la “ética la responsabilidad” está siempre supeditada al contexto político, por tanto, solo quien ejerza el gobierno de un pueblo podrá y deberá adoptar esta ética tanto por el éxito propio como el del Estado. Ejemplo de esto son las palabras del florentino cuando afirma

Sería muy encomiable si en un príncipe se reunieran todas las cualidades, aquellas que se consideran como buenas; pero puesto que no se pueden tener todas ni observarlas plenamente [...] si consideramos todo cuidadosamente, encontraremos algo que parecerá virtud, pero que si lo siguiese sería su ruina y algo que parecerá vicio pero que, siguiéndolo le proporcionará seguridad y bienestar (Maquiavelo, 1993:63)

Así, el autor pone límites a la acción sin hacer una inversión de valores, lo que hace es un paréntesis a la moralidad, para dar cabida a estrategias políticas

exitosas. En contraposición, quien se encuentre ajeno a la acción política –es decir, el pueblo- no tendrá más opción que la “ética de la convicción”

Maquiavelo comprueba, mediante ejemplos, que dentro de la esfera política imperan máximas diferentes a las de la moralidad general y que solo responden en pro de la eficacia, de ahí que el actor ha de cambiar sus estrategias “de acuerdo con los tiempos y con las cosas” para desafiar con virtud los designios de la fortuna, una muestra de ello es personificada por el “Duque Valentino” César Borgia, personaje perverso, con un extenso prontuario de delitos que en vez de reproches merecen admiración vehemente por parte del florentino para quien sus atropellos constituyen jugadas maestras dignas de imitar.

Dentro del compendio de perversidades perpetradas por Borgia se encuentran – por citar solo algunas-, el asesinato de su hermano, de su cuñado, la brutal masacre de Sinigaglia en la que las familias nobiliarias más prestantes de Italia fueron asesinadas en Roma –se trató de la familia Orsini y de la familia Colonna- y el sacrificio de su mejor hombre, Ramiro de Orco, hombre cruel y activo a quien Borgia había designado como gobernador de la Romaña. A este último hecho, Maquiavelo se refiere con gran admiración. Narra que aunque las facultades dadas por Borgia a Ramiro de Orco lograron pacificar a la Romaña, el Duque consideró que su rigor para lograrlo le había generado el odio del pueblo; para tenerlo nuevamente de su parte decidió demostrar que esas crueldades no habían provenido de su voluntad sino del carácter propio de Orco, así que una mañana expuso en plaza pública el cuerpo cortado en dos partes de su ministro.

A este respecto Maquiavelo dirá “Recogidas, pues, todas las acciones del duque, yo no sabría censurarle; sino que, por el contrario, creo, como ya he dicho, poder proponerlo como modelo a imitar” (Maquiavelo 1993: 32) Así, la crueldad planteada no es políticamente reprochable, pues, como lo muestra el ejemplo, el atroz espectáculo protagonizado por Orco sirvió al duque para apaciguar los ánimos del pueblo.

Otro ejemplo eminente, empleado por Maquiavelo, está dado bajo la figura de Lucius Junius Brutus, personaje adalid de la política romana y que toma el lugar de Borgia en los *Discursos*. El autor narra que nadie actuó con más prudencia que Brutus, ni adquirió más fama de hombre sabio, al encarnar el arte de la simulación y presentarse como un auténtico limitado mental para asegurar su integridad y sus bienes durante la monarquía. Al actuar así, escapaba de la observación mientras preparaba su plan y esperaba la primera oportunidad para liberar a Roma de los tiranos. Además, cuando se erigió como cónsul de la República no vaciló en enfrentarse a sus propios hijos y a otros ciudadanos que, al sentirse fracasados ante el nuevo régimen, conspiraron contra él para perpetrar un golpe de estado, con tan mala fortuna que terminaron ejecutados ante la presencia de su padre.

Con lo anterior surge un argumento que pasa a ser una norma de acción dentro de la filosofía del florentino “aquel que es tirano y no mata a Bruto, o que siendo partidario de una ciudad libre no mata a los hijos de Bruto, se mantendrá poco tiempo” (Maquiavelo, 1987: 297) esto es, la exterminación de los favorecidos por el gobierno anterior, a fin de propiciar las condiciones del nuevo. La carga moral que reviste este consejo viene a ser atenuada por Maquiavelo al justificar la acción de Bruto por tener ésta el admirable fin de salvaguardar la libertad del pueblo romano y evitar su retorno a la injusticia y a la opresión a la que se encontraba sometido a manos del reinado de los Tarquinos.

Las conductas avaladas por Maquiavelo, como las que se acabaron de ver, y el papel fundamental que en él desempeña el uso de la violencia como estrategia legítima para que el actor pueda asegurarse en el poder y a su vez, demostrárselo al pueblo, constituyen un argumento fuerte en contra de la moralidad propuesta por el autor, pues a simple vista parece tolerante y hasta indiferente ante la calamidad que ocasiona la conducta cruel de los actores políticos, sin embargo, una lectura más atenta de la obra muestra que la finalidad de estas acciones tenían como loable propósito exterminar la corrupción y asegurar la vida civil en los Estados.

A esta capacidad de reacción, de acción adecuada y exitosa en su producto, que se ejecuta con coraje, valentía y arrojo y que tiene como finalidad el bien público de la república, así se logre a expensas de sacrificar la moralidad, es a lo que Maquiavelo, llama virtud y es precisamente al éxito que, tanto Borgia como Bruto tuvieron en sus empresas y a su adaptación a los cambios de la fortuna que pueden ser incluidos dentro de la categoría de hombres virtuosos, así, una acción política que persiga el éxito debe estar acompañada del elemento virtud, que no es otra cosa que racionalidad aplicada a la estratégica elección de los métodos más eficaces<sup>1</sup>.

La virtud del príncipe, nos aclara Skinner<sup>2</sup> no se basa en el paradigma de las virtudes cardinales propuestas por los moralistas romanos y tan ampliada en los libros de consejos para príncipes, la idea de virtud en Maquiavelo es netamente política y consiste en la capacidad del gobernante para aliarse con la fortuna, esto es, estar siempre en disposición de actuar conforme a las necesidades y adaptar su moralidad a las circunstancias, es decir, una relativización de la moral.

Este concepto de virtud, como capacidad del individuo para el mal e incluso, el mal como condición necesaria para la acción virtuosa parece excluir el bien de su noción, no obstante, como se verá a continuación, esta virtud contempla, o mejor, exige pensar en el bien general como fin último de la acción política.

Un ejemplo notable, empleado por Maquiavelo para demostrar que el recurso al mal debe estar impulsado por un noble propósito como lo es el bien general está dado con el análisis que hace el autor de Agatocles, el tirano de Siracusa, de quien relata llegó a rey desde la abyecta posición de hijo del alfarero, sin necesidad de intervención alguna de la fortuna ni el auxilio de nadie, solo su temeridad y su crueldad lo favorecieron en su empresa.

---

<sup>1</sup> A este respecto vale la pena recordar que a pesar de no encontrarse la definición de virtud de una manera explícita dentro de los textos de Maquiavelo es posible rastrear su significado a través de los ejemplos tanto históricos como contemporáneos dados por el autor.

<sup>2</sup> SKINNER, Quentin. (1984), Maquiavelo. Madrid: Alianza Editorial S.A p.50

Esta biografía resumida llevaría a pensar que su excepcionalidad le permite estar entre los hombres virtuosos, “sin embargo no es posible llamar virtud a exterminar a los ciudadanos, traicionar a los amigos, carecer de palabra, de respeto, de religión” (Maquiavelo, 1993: 34). Esta conducta no es para Maquiavelo digna de imitar porque con ella no obtuvo el éxito al que un hombre virtuoso llega con su acción, esto es, no ser odiado por su pueblo y ganar su admiración y su temor sin el recurso constante a la violencia como medio de coacción.

Lo anterior no significa que Maquiavelo entre en contradicción y que acuda en este caso a las cualidades morales convencionales como modelo a seguir por el gobernante para poder ser considerado como hombre virtuoso. Esto no quiere decir, tampoco, que estas virtudes sean rechazadas por el autor, pues estas pueden constituir la virtud del príncipe bajo parámetros de normalidad en el Estado, hay que recordar que el florentino afirma que es de loar la palabra dada, respetar las costumbres, las leyes y el patrimonio de los súbditos, pero estos preceptos no son viables en situaciones excepcionales pues es solo en ellas que es posible acudir a la “flexibilidad moral” (Skinner 1984: 54) pero usada de una manera racional, es decir, hacer una “economía de la violencia [...] que debe ser utilizada de manera tal que el príncipe no se vea reducido a la penosa necesidad de perpetuarla e incrementarla” (Papacchini 2002: 95) limitándola a la toma inicial del poder.

Esto muestra como Maquiavelo cree que los sucesos sociales y políticos que surgen en momentos de crisis, sólo pueden ser controlados con la amenaza constante de la violencia, ya que, en esta instancia, cualquier intento de asegurar el mantenimiento del orden, por medio de valores morales, sería eludido inevitablemente; por tanto, es necesario que el actor político se convierta en el ejecutor de la violencia en determinado momento, pero esta debe reducirla al mínimo posible en su aplicación. Este concepto de la economía de la violencia se evidencia en el reconocido pasaje de *El Príncipe* en el que asegura:

“un príncipe no debe preocuparse de la fama de cruel si con ello mantiene a sus súbditos unidos y leales; porque, con poquísimos castigos ejemplares, será más compasivo que aquellos que, por excesiva clemencia, dejan prosperar los desordenes de los que resultan asesinatos y rapiñas; porque estas suelen perjudicar a toda la comunidad, mientras las ejecuciones ordenadas por el príncipe perjudican tan solo a los menos.” (Maquiavelo, 1993:66)

Visto de otra manera, el actor no puede permitir que por compasión con su pueblo surjan todo tipo de desordenes y puedan llegar a creer que la autoridad puede ser ignorada y por tanto dudar del castigo; la violencia debe ser ejecutada, con mayor razón, en aquellas circunstancias en las que no se requiera de una gran cantidad y sobre todo ha de hacerse en el tiempo justo para poder prevenir los desordenes en sus orígenes, pues de lo contrario es infructuosa.

De lo anterior es posible deducir por qué no fue plausible la conducta de Agatocles. Este no aplicó la violencia de forma ejemplar y selectiva; es decir, no tomó en consideración la importancia de economizar la crueldad, lo que se habría traducido en admiración y aprecio de sus súbditos con lo que aseguraría un Estado duradero. Por el contrario solo consiguió el odio de estos con su crueldad reiterada y generalizada, lo que le ocasionó su caída, de ahí la máxima “cuanto más crueldad se usa tanto más débil se vuelve su principado” (Maquiavelo, 1987: 79). Con los medios empleados por Agatocles consiguió poder, pero no gloria y un príncipe sin gloria equivale a un príncipe sin virtud.

En consecuencia, la virtud es una mezcla de –como diría Meineke- “heroísmo y fuerza para grandes hazañas políticas y guerreras y sobre todo, para la fundación y mantenimiento de estados florecientes, especialmente de estados basados en la libertad” (Meineke 1997: 34). De ahí que para Maquiavelo, el Estado ideal sea el de la Roma Republicana, porque en ella confluían tanto la virtud cívica como la de

fundadores y legisladores que posibilitaban la expansión del Estado y además eran causa de grandeza y libertad, de aquí se deriva la justificación hecha por Maquiavelo del recurso a la violencia empleada por Bruto, porque su crueldad, evidenciada en el ajusticiamiento de sus hijos, buscaba evitar el retorno al antiguo régimen, a la desigualdad y a la sumisión que iban en contra de la libertad de la República Romana.

Este tipo de virtud, contraria a la universal, pero requerida en casos excepcionales se da en muy raras ocasiones y aparece necesariamente en pueblos acostumbrados a la libertad, como es el caso de las repúblicas. Es por ello que a lo largo de la historia surgen muy pocos hombres como Moisés, Ciro y Teseo, es decir, hombres con la llamada virtud de “primer orden”(Meinecke 1997: 39)

Este fundador deberá tener la capacidad de introducir en el pueblo ordenamientos o instituciones que les asegure su libertad civil, pero como es normal que de todas las formas de gobierno –indistintamente de si se trata de una república, una monarquía o una aristocracia- devengan formas inferiores y corruptas, debido al retorno cíclico al que todo Estado se ve sometido, es necesario que el fundador instituya buenas leyes desde su creación, o más precisamente, debe crear una ley fundamental que sirva en todo tiempo futuro de referencia para tratar de alejarse de la corrupción. De esta virtud que tenga el fundador depende, a su vez, en gran medida la virtud de todo el pueblo, pues del buen ordenamiento constitucional y de la observancia de las leyes depende la estabilidad social y la vida del Estado.

En Maquiavelo, se observa el entusiasta deseo de una buena legislación que permita regular la vida social, asegura que el gobernante que desee alcanzar un buen gobierno debe tener como propósito dotar a su patria de buenas leyes – aunque no se puede descuidar el papel coercitivo que desempeña el ejército en su cumplimiento-, esta legislación debe tener en cuenta la maldad intrínseca del individuo y tener como propósito refrenar sus pasiones y su ansia constante de poder y de dominio, que es a lo que Maquiavelo llama “humor”, es aquí donde se

evidencia el éxito del ordenamiento jurídico, en la capacidad que este tenga de canalizar los humores de todas las clases sociales a fin de utilizarla en su propio provecho y para asegurar y ampliar el poder del Estado.

De la virtud de primer orden nace la virtud cívica o “virtud de segundo orden” (Meinecke, 1997: 39) que consiste en una virtud que supedita los intereses individuales del ciudadano a los intereses colectivos y por tanto a los intereses del Estado lo que favorece la dinámica de este y se traduce en un mutualismo entre virtud del legislador y la virtud del ciudadano. Cuando esta cadena se rompe, el resultado es el enfrentamiento entre la clase dominante y la clase dominada, la corrupción, la servidumbre y el caos y por tanto el fin de la virtud y de la república “porque un pueblo donde por todas partes ha penetrado la corrupción no puede vivir libre, no ya un breve espacio de tiempo, sino ni un minuto siquiera” (Maquiavelo, 1987: 77)

Ante esta situación solo quedan las “medicinas fuertes” esto es acudir a la violencia para restaurar el orden civil. Insistir en esta instancia en una república como forma de gobierno, no es una salida viable al conflicto, en estos casos lo mejor es optar por el principado ya que en este régimen la única legislación aplicable es la impuesta por el príncipe quien ostenta todo tipo de facultades excepcionales como acudir a la crueldad a la simulación y al engaño.

El príncipe que propone Maquiavelo ha de tener dos maneras de combatir, uno con las leyes y el otro con la fuerza, la primera es característica del hombre; la segunda de la bestia. Estos dos tipos de conducta son identificables con el león y la zorra, del primero ha de tomar su valor para actuar como lo hizo Bruto y tener la capacidad de matar incluso a sus propios hijos si estos intervienen en sus propósitos y no mantener la crueldad de Agatócles que le convertiría en tirano. El príncipe ha de tener de la zorra su astucia, su cinismo y sus ansias depredadoras, adoptar de ella el arte de la simulación para parecer magnánimo, bueno, cruel o valiente según le convenga y actuar, por el contrario, con una combinación de

fuerza, mentira y violencia para conseguir una imagen adecuada que asegure su propósito, ha de saber, por tanto, identificar el problema para adaptarse a las circunstancias y así elegir el disfraz adecuado.

En la arena política, el actor ha de ser astuto como la zorra y feroz como el león, La zorra ha de usarse en el ejercicio de la diplomacia y la ley, el león en el momento de la bestia, es decir, en el de la crueldad y la guerra y deben ser ejecutados ambos según lo amerite la ocasión, ejecutando la violencia con moderación, fin de apaciguar fácilmente a sus gobernados con dadas que aumenten su riqueza. Esto presupone la ignorancia del pueblo en lo que a las “razón de Estado”<sup>1</sup> se refiere, esto lo entiende Maquiavelo cuando afirma que “un príncipe no debe preocuparse por la fama de cruel si con ello mantiene a los súbditos unidos y leales” (Maquiavelo, 1993: 66) porque este tipo de razones no pueden ser entendidas por el pueblo, ya que sus juicios están siempre basados en la moral, lo que les da siempre en asuntos políticos un juicio errado. Aquí es donde el gobernante ha de actuar con prudencia, pues debe saber reconocer cual camino tomar entre aquel que le permite incrementar el bien del Estado o el de acatar los juicios errados del pueblo que, de ignorarlos, lo llevarán a ser odiado por éste.

## **2.1. VIOLENCIA EN PRINCIPADOS**

Maquiavelo, era consciente de lo innovador de su teoría, ello lo evidencia en *El Príncipe* cuando afirma “y como sé que muchos han escrito sobre esto, temo, al escribir yo también sobre ello, ser tenido por presuntuoso, máxime al alejarme, hablando de esta materia, de los métodos seguidos por los demás” (Maquiavelo, 1993: 61) porque es precisamente en este capítulo que abandona su descripción

---

<sup>1</sup> “Razón de Estado es la máxima del obrar político, la ley motora del Estado. La razón de Estado dice al político lo que tiene que hacer, a fin de mantener al Estado sano y robusto” MEINEKE, Friedrich. La idea de razón de Estado en la edad moderna. Centro de estudios políticos y constitucionales, Madrid 1997. 3 ed. p. 12.

tipológica sobre los principados y la manera como estos son adquiridos para adentrarse en el tema al que mayor interés presta dentro de su filosofía política, esto es, el estudio de los principados totalmente nuevos, indistintamente de si estos se han conseguido por fortuna o por virtud, con armas propias o ajenas.

La importancia de este tipo de principados dentro de su teoría, radica en que en ellos se ha hecho presente la corrupción de la totalidad del orden civil, la destrucción de un estado que da paso a un nuevo orden y trae consigo la necesidad de “medicinas fuertes”, esto es, el empleo del terror y la crueldad, de la simulación y disimulación. Es a partir de este capítulo que cobra fuerza su teoría de los usos del mal por encarar las relaciones entre poder político y la sociedad civil.

A pesar de que su objetivo principal aparezca de manera más evidente solo hasta el capítulo XV, vale la pena resaltar el vigor empleado por el florentino para depurar entre las tipologías aquel principado que, a su juicio, es el que genera mayores problemas, este es el principado nuevo, prueba de esto es lo somero de su descripción al tratar por ejemplo, los principados hereditarios, por considerar que en ellos “basta con no descuidar el orden establecido por sus antepasados e ir adaptándose a los acontecimientos según los casos” (Maquiavelo, 1993: 6) el gobierno de esta clase de principados no requiere de medidas extraordinarias, pues basta con que el príncipe no altere las costumbres del pueblo así evitará ofender a sus súbditos y logrará con ello, gobernar en situaciones normales, situaciones a las que Maquiavelo no presta importancia –no para su teoría- pues no le interesa el arte de gobernar en contextos convencionales, para ello no hay secretos, para este propósito abundan los espejos para príncipes y este no es el lugar para el florentino.

No obstante a que lo dicho hasta el capítulo XV de *El príncipe* no ha reflejado la brillantez de su teoría, pues se ha contentado con lanzar solo algunas máximas del obrar político, permite notar aspectos de gran importancia dentro de su

filosofía, como lo son el empleo de la historia y su comunión con los clásicos, la aplicación de su experiencia diplomática, su método y su verdadera preferencia por los regímenes de libertad como el republicano.

En cuanto a los principados mixtos, la importancia dada por el florentino, en comparación con los principados hereditarios es evidente incluso a partir de su extensión en el texto, que en este caso es significativamente mayor, ello ya que para Maquiavelo, el principado mixto reviste a un principado nuevo, con la única diferencia que el gobernante no lo es, lo nuevo es el territorio y los súbditos, por tanto, al tratarse de una situación nueva, es una situación de crisis cargada de dificultades a la hora de conseguir el poder y mantenerse en él. Estas dificultades se dan debido a la naturaleza humana, al deseo de poder que hace que los hombres “cambien de buen grado de señor creyendo que mejorarán y esta creencia les hace empuñar las armas contra su antiguo señor, pero se engañan, porque luego la experiencia les demuestra que con el cambio han perdido” (Maquiavelo, 1993: 7) Ante esta situación el único remedio es -como lo dirá Maquiavelo en los Discursos- acabar con los partidarios del régimen anterior o lo que es lo mismo “matar a los hijos de Bruto”

Para Maquiavelo, toda la importancia de su teoría gira alrededor de los principados totalmente nuevos pues en ellos no es aplicable ninguna de las medidas que pueden ser empleadas en los períodos de normalidad de un Estado, en ellos es preciso acudir a disposiciones extraordinarias pues la implantación del nuevo gobierno, que supone la destrucción del sistema anterior, requiere hombres virtuosos, con la capacidad para acudir sin titubeos a medidas excepcionales, pues “ no hay cosa más difícil de tratar, ni en la que el éxito sea más dudoso, ni más peligrosa de manejar, que convertirse en responsable de la introducción de un nuevo orden político” (Maquiavelo, 1993:24). Aquí, el gobernante debe rogar o forzar, esta última es la mejor opción porque a los hombres es más fácil mantenerlos en su opinión cuando hay medios eficaces para coaccionarlos.

El ejemplo de fray Jerónimo Savonarola, el “profeta sin armas”, ilustra a la perfección la necesidad del aparato militar en la toma o permanencia en el régimen, si se omite en la primera instancia, deberá acudir a él en la segunda, porque la volubilidad de los hombre no les permite mantenerse en sus opiniones, cuando esto sucede, se les debe hacer creer por la fuerza. Si Savonarola hubiese acudido a las armas, en tanto que se afianzaba en el poder, muy seguramente el haber acudido luego a los preceptos religiosos, le habría sido de gran provecho, pues así como se vio anteriormente, acudir a las creencias populares al momento de formular una legislación, puede convertirse en un elemento eficaz para el mantenimiento del orden social, pero el fray basó su política exclusivamente en el dogma católico, lo que lo condujo al fracaso.

Con lo anterior, queda en evidencia que los fines que Maquiavelo atribuye al uso de la violencia están siempre encaminados a lograr la paz, la unidad del Estado, el orden social y el bienestar general y su uso deberá estar siempre limitado en el tiempo y en su cantidad.

### 3. ACTUALIDAD DE MAQUIAVELO

¿Si Maquiavelo contemplara la política actual qué opinión le merecería?, ¿Le parecería un modelo ajeno a su esquema cíclico de corrupción de los regímenes políticos por ser este tiempo de absoluta normalidad? O ¿lograría su sagacidad develar algún tipo de caos o corrupción debajo de la supremacía de la ley, de la seguridad de la soberanía y de la estabilidad de los estados actuales?

Hoy en día es casi inimaginable un estado tan frágil como para depender de las capacidades de un solo actor para su permanencia o como para que un solo crimen o una sola conjura logren desatar la vulnerabilidad o corrupción de todo un país, la actualidad parece mostrarse ajena a las luchas por la conquista de un territorio y en general al tipo de actos que podían desestabilizar las repúblicas y principados renacentistas.

Las crisis actuales solo se dan con los cambios de gobierno, las fluctuaciones de la moneda, la inseguridad ciudadana, la insurgencia de algún sector social y en el peor de los casos los actos terroristas, sucesos que por lo general no logran la trascendencia suficiente para acabar con un gobierno establecido. La actualidad del mundo occidental dista mucho de la concepción de crisis entendida por el florentino acostumbrado a un mundo en el que se daba con frecuencia el desplome de un Estado, la imposibilidad del gobierno por mantener la unidad civil, la soberanía de la república y en general la debilidad del poder político.

Las situaciones críticas de un Estado, que podía vislumbrar Maquiavelo, eran aquellas en las que el poder político, así como sus instituciones, se fragmentaban hasta hacer prácticamente imposible la continuidad de éste. La existencia del Estado dependía de una frontera –fortaleza-, de un cuerpo armado que tuviese la fuerza de defenderla de amenazas, tanto externas como internas; de un gobernante capaz de mantener el orden civil y la soberanía y por último de un pueblo con la cohesión suficiente para respaldar a las anteriores. El riesgo entonces, aparecía cuando alguno –o todos- estos elementos se deterioraba

haciéndose latente la fragilidad del Estado y por tanto la amenaza de sucumbir ante la ley natural del más fuerte.

En el capítulo V, de *El Príncipe*, Maquiavelo plantea de qué modo hay que gobernar un pueblo que, antes de ser ocupado por un príncipe nuevo, se gobernaba con sus propias leyes; a este respecto afirma que “no hay medio más seguro de posesión que la ruina.”(Maquiavelo, 1993: 20) Esto fue lo que sucedió en la antigüedad con Capua, Cartago y Numancia. Sin embargo, nuestra actualidad no dista mucho de este tipo de sucesos. En la guerra sostenida entre Estados Unidos y Vietnam, comprendida entre los años de 1958 y 1975, el resultado aparente fue la derrota de los primeros a manos de los segundos; sin embargo, el resultado real fue de 600.000 muertos vietnamitas, la destrucción de todo el territorio y aún hoy los vietnamitas sufren las consecuencias del “Agente Naranja”.

No es, por tanto necesario, hacer un gran ejercicio de memoria para recordar cómo la conciencia moral actual puede, sin escandalizarse, justificar guerras desiguales en nombre de la libertad, la justicia, los derechos de un pueblo, o el peligro inminente de la comunidad mundial como en el caso de la guerra de Irak en 2003, en la que Estados Unidos tenía como propósito “desarmar a Irak de las armas de destrucción masiva y con ello poner fin al apoyo brindado por Saddam Husein al terrorismo, y lograr la libertad del pueblo iraquí.”<sup>1</sup> El resultado, una guerra que no contó con el aval del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, lo que equivale a una invasión ilegal y la conclusión de que Irak había dado fin a sus programas armamentistas de destrucción masiva en 1991 y que no quedaba ninguna al momento de la invasión, invasión que provocó la rápida derrota del ejército iraquí, el derrocamiento del presidente Saddam Husein, su

---

<sup>1</sup> Discurso radial del presidente a la nación de Estados Unidos de Norte América George W. Bush del día 20 de marzo de 2003 <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2003/03/20030322.es.html>

captura en diciembre de 2003 y su ejecución en diciembre de 2006 y la muerte de aproximadamente 151.000 civiles iraquíes<sup>1</sup>.

A este respecto, vale la pena traer a colación la vida y obra de este personaje, digno de analizarse por constituir lo que podría ser un ejemplo actual del modelo del príncipe de Maquiavelo.

Saddam Husein<sup>2</sup> nació en medio de la pobreza campesina iraquí de los años 30, sin padre, con pocos y mediocres estudios –solo llegó a ser profesional tras obligar a la Universidad al-Mustansiriya de Bagdad a otorgarle una licenciatura- llega a ser líder de su país, gracias a su incursión en la política iraquí como miembro del *Baath*, partido político iraquí con ideales laicos, nacionalistas y revolucionarios, al frente del cual se convierte en presidente de Irak y con él logra mantener una dictadura de 24 años.

Dentro del prontuario de sus actos se encuentra, –cual Bruto en el poder- condena a arresto a sus tres hijas y a pena capital a sus sendos maridos tras la confabulación de éstos en un intento de derrocamiento del régimen a manos suyas; soportó una guerra contra Irán en 1980 que duró ocho años y que le dejó como saldo la victoria de su país y 300.000 de sus ciudadanos muertos en combate. Tres años después, invade Irán con el propósito de convertirse en líder del mundo Árabe y construir todo un imperio petrolero, pero sus previsiones escapaban a su “fortuna” ya que esta jugada le valió el reproche de la comunidad internacional, quienes lo presentaron al mundo como una amenaza a la paz mundial, ya que de llegar a controlar las más grandes reservas petroleras mundiales podía llegar a provocar una crisis energética.

Esto, sin embargo, no fue suficiente para derribarlo del poder, pues sus opositores creían que era peor para la unidad nacional iraquí un vacío en el poder que su

---

<sup>1</sup> <http://www.who.int/mediacentre/news/releases/2008/pr02/es/index.html>

<sup>2</sup> <http://www.cnnplus.com/codigo/noticias/especiales/fichanoticia.asp?id=218166&noti=222923>

continuidad en éste. Pero en este aspecto, Saddam también contribuyó a su permanencia en el gobierno acudiendo a estrategias de crueldad y de terror al aprovechar las facciones entre los kurdos para emplear todo su poderío armamentista –que incluía armas químicas- para contener las rebeliones.

No obstante, a que Hussein actuó con sagacidad propia del príncipe que Maquiavelo gusta proponer como ejemplo y que en sus acciones y en su vida sus triunfos no son atribuibles a la fortuna, sucumbió al mismo lugar que le asigno al tirano de Siracusa, ya que no tomó en cuenta una de las máximas más importante del maquiavelismo que es “de la crueldad la mínima posible” sus crímenes no se limitaron a la fase de la toma del poder, sino que se perpetuaron e incrementaron. Prueba de ello fue el cargo de crímenes contra la humanidad bajo el cual fue condenado por el Alto Tribunal iraquí a la pena de muerte. Por tanto, desde la óptica de Maquiavelo, Hussein ganó el poder pero no la gloria.

Sin embargo, sobre las sociedades actuales, no solo acaecen dificultades de esta índole, otro tipo de crisis amenaza la estabilidad de las naciones y no están ligadas de manera necesaria a conflictos armados ni a desaparición física de los Estados. Estas crisis radican en la incapacidad de los regímenes actuales para mantener la identidad de los pueblos. Europa, por ejemplo, se encuentra ad portas de una crisis democrática y de identidad ocasionada por los flujos migratorios de millones de musulmanes, se estima que las cifras irán aumentando año tras año hasta límites casi insostenibles.

Según el diario El País<sup>1</sup> los estudios sobre musulmanes en la Unión Europea coinciden en que la cifra es de 15 millones de habitantes, lo que equivale a un 3.5% aproximadamente de la población total europea, cifras no oficiales ya que algunos países miembros de la unión prohíben los censos poblacionales basados en los credos religiosos de sus ciudadanos; sin embargo, la organización

---

<sup>1</sup>[http://www.elpais.com/articulo/internacional/islam/europeo/conflicto/integracion/elpeuint/20050731elpepiint\\_12/Tes](http://www.elpais.com/articulo/internacional/islam/europeo/conflicto/integracion/elpeuint/20050731elpepiint_12/Tes)

norteamericana “Jihad Watch”<sup>1</sup>, dedicadas al estudio de las actividades islamistas, establece datos más alarmantes, la organización informa que la presencia musulmana en Europa alcanza cifras del 10% en Alemania, 19% en Rusia y 60% en Bosnia, pero aun sin llegar a estos últimos niveles, todos los países tienen una notable presencia musulmana.

De continuar la tendencia ascendente de esta población, en Francia, por ejemplo, hacia el año 2030, un cuarto de la población de éste será musulmana, más que suficiente para determinar quién controla el parlamento. Este sería un medio legal para llegar al poder e implantar un nuevo régimen basado en la religión, de la misma manera que ocurrió en 1979 con la instauración de la República Islámica de Irán

En consecuencia, Europa corre el riesgo de transformar a los miembros de la Unión en repúblicas islámicas regidas por el shari’a, conforme los musulmanes se conviertan en Mayoría y se apoyen en las democracias de estos países para instaurar su gobierno. Las repercusiones de esta situación podrían ser catastróficas para la cultura de las sociedades europeas, ya que la shari’a difiere de manera dramática de las prácticas occidentales, en lo referente al derecho y la sociedad, ya que el Corán hace las veces de constitución política y dentro de esta “legislación” no existen la libertad de culto ni la igualdad –entre hombres y mujeres ni entre personas de diferente credo, pues todo no musulmán es inferior- .

Con este ejemplo de la crisis Europea es posible mostrar que las invasiones actuales de un Estado a otro no se dan solamente con un despliegue armamentístico ni con expoliaciones violentas, no se dan con un líder que a la cabeza de un ejército conquista tierras para una corona, se dan de una manera más natural, sin contravenir siquiera las leyes del país a ocupar, no se dan de manera inminente sino como un proceso lento de transculturación en que el

---

<sup>1</sup> <http://jihadwatch.org/dhimmiwatch/archives/008806.php>

Estado invadido sucumbe ante nuevos valores, leyes y costumbres, en definitiva, pierde su identidad.

El modelo de la Europa musulmana puede, también, hacer parte de otra de las teorías de Maquiavelo, según la cual un régimen puede tener mayor capacidad de éxito en la medida en que esté acompañado de la glorificación a un culto como factor cohesionador de la comunidad. Estas colectividades islámicas ya han logrado asentarse en las afueras de las principales ciudades y son ya reconocidas como provincias islámicas y cuentan con el aval del Estado para ejercer su legislación al interior de su comunidad.

Como se ha podido ver, las sociedades actuales no se encuentran del todo ajenas a problemáticas como las planteadas por Maquiavelo, siguen apareciendo modelos del príncipe tirano que ostentan el poder por el poder y sin detenerse a considerar el verdadero papel del Estado, continúa imperando la ley natural del más fuerte como se puede ver luego de cada guerra desigual y el arte de la simulación en los propósitos que reviste cada una.

En consecuencia, en el ejercicio actual de la política siguen presentes los mismos problemas a los que Maquiavelo pretendió dar solución -aunque con matices algo diferentes, por supuesto-, hoy como en el Renacimiento, la política se ve abocada a responder cuáles han de ser los medios legítimos para defender al Estado y su supervivencia como sociedad.

Hoy la pregunta continúa: ¿Es legítimo defender al Estado a costa de sacrificar los estándares éticos y sucumbir incluso al empleo de la violencia para alcanzar tales fines? En un primer momento, sin detenerse en más consideraciones que las morales, la respuesta sería negativa, no obstante, en la práctica, según lo dicho hasta ahora, ha quedado demostrado –al menos de manera empírica como lo habría hecho Maquiavelo- que la respuesta es afirmativa, o acaso ante la pregunta por la legitimidad de la intervención violenta a un Estado que pone en peligro la

estabilidad de los demás –como sucedió en Irak, por ejemplo- ¿la respuesta no es afirmativa, como en efecto lo mostraron los hechos?

Si la cultura, las tradiciones y las instituciones que garantizan la libertad y le proporcionan su identidad a una comunidad, se ven amenazadas de manera inminente por la imposición de un nuevo régimen basado en tradiciones totalmente opuestas –como en el caso de una posible islamización europea- ¿se justificaría acudir a la violencia como política que frene una posible transculturación que vulneraría totalmente la identidad de un pueblo?

Estas preguntas y sus respectivas respuestas, demuestran entonces, que la moral en el ejercicio político, es una en la teoría y otra en la praxis; la primera, conduce a condenar las ideas de Maquiavelo, la segunda, a ponerlas en práctica.

## CONCLUSIONES

Maquiavelo, con claridad y sin ambivalencias demostró en los *Discursos*, sus preferencias por el pueblo y por el régimen republicano con la elección de Roma como modelo de mejor gobierno, ya que aquí se depositó la protección de la libertad en las manos del pueblo y no en las de los grandes de quienes afirma que son incapaces de salvaguardarla y que sí son, en cambio, una gran amenaza para el orden de la república. Con lo cual se desmiente la crítica según la cual, la filosofía del florentino tiene una marcada tendencia al despotismo.

Cuando el autor se aparta de sus preferencias para aconsejar, en cambio, un gobierno monárquico lo hace desde el hecho de que, como ningún régimen está exento de caer en el curso cíclico de los Estados: nacimiento, florecimiento y corrupción, cuando un régimen libre se acaba, no queda más remedio que acudir al principado como una forma excepcional de gobierno para restituir el orden social. Este no es más que un recurso necesario para salir de estos estados críticos.

Para estos tiempos coyunturales, se plantea un tipo de moral determinada, una moral de excepción, que permita al actor político acudir al crimen político y al engaño como medio para construir –o reconstruir- un Estado que ha perdido la virtud y le ha cedido el paso a la corrupción, al fraccionamiento de la sociedad y de sus instituciones.

El gobernante que Maquiavelo propone para tal fin no tiene una única cara, es diferente según sea su campo de acción. Su figura no es del todo ajena a la contemplada por los códigos éticos comunes, este modelo es solo uno de los rostros que el actor puede emplear, el apropiado para ser usado dentro del contexto del respeto a la ley, a las costumbres y las tradiciones, es decir, es una moralidad para tiempos de normalidad o que puede emplear dentro del arte de la simulación.

Esta nueva ética, sin embargo, no ha de ser en manera alguna universalizada por todos los integrantes del Estado, ni avala el uso del crimen para cualquier tipo de fines al interior de éste, solo para aquellos políticamente valiosos como lo son, acabar con el caos, implantar un nuevo orden restablecer instituciones, permanecer en el poder, salvaguardar la soberanía y en general todo lo que tienda a garantizar el orden social. Toda expresión de violencia deberá tener, por tanto, un valor instrumental en función de asegurar la vida civil en el Estado.

Maquiavelo, justifica acudir a la violencia solo cuando ésta representa un mal menor que el que acarrearía dejar el Estado a la merced del caos, el desenfreno y la corrupción, no plantea la crueldad como único medio. Como quedó visto, el florentino ve en la religión un medio eficaz para garantizar la vida civil, cuando el autor hace referencia a este respecto al tratar los principados eclesiásticos, se puede vislumbrar la posibilidad que ve el autor en un régimen basado en las creencias de la comunidad en el que no se necesita acudir al empleo de la violencia como medio coercitivo para el cumplimiento de las leyes, ya que el temor de dios reemplaza el temor por las armas.

En este trabajo se ha podido observar que Maquiavelo en ningún momento aprueba las prácticas violentas por sí mismas ni las propone como modelo de acción permanente en un Estado. Por el contrario, una vez analizadas las circunstancias que la condicionan y los límites fijados para tal acción, expresan los ideales republicanos, del bien general, de libertad y de paz, totalmente alejados de la figura siniestra de la noción actual de maquiavélico.

El ejercicio actual de la política sigue manteniendo vigente la pregunta planteada por Maquiavelo, a saber ¿cómo evitar y cómo salir de las crisis que amenazan con poner fin a la libertad y a la vida civil de los Estados? También sigue utilizando los mismos medios de acción: fuerza, violencia, simulación y disimulación. Sigue estando íntimamente ligada a lo moral e indefectiblemente se sigue apelando al bien general para justificar acciones violentas y soluciones bélicas a los conflictos.

Esto lleva a concluir que Maquiavelo sigue estando presente, en la forma de hacer política en la actualidad, tanto en la teoría como en la práctica y los regímenes democráticos hacen aún más imprescindible su presencia, ya que la toma colectiva de decisiones que esta supone, implica a la totalidad de individuos vinculados al Estado.

Hoy más que nunca se hace necesaria su teoría de los usos del mal, más que para hallarle justificación al empleo de la violencia, para hacer economía de esta y establecer límites y restricciones a su uso. Esto podría prevenir la crueldad y la sevicia de los actores del conflicto.

## BIBLIOGRAFÍA

1. CASSIRER, Ernst. (1996) *El mito del Estado*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
2. CHABOD, Federico. (1964), *Escritos sobre Maquiavelo*. Fondo de Cultura Económica Méjico.
3. MAQUIAVELO, Nicolás. (1987), *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza Editorial.
4. MAQUIAVELO, Nicolás. (1993), *El Príncipe*. Barcelona: Editorial Tecnos S.A.
5. MEINEKE, Friedrich. (1997) *La idea de razón de Estado en la edad moderna*. Madrid: Centro de estudios constitucionales.
6. PAPACCHINI, Ángel. (2000), “Virtud y fortuna en Maquiavelo”, en: A propósito de Nicolás Maquiavelo y su obra. Bogotá: Norma.
7. PAPACCHINI, Ángel. (2002), “Una lectura de El Príncipe de Maquiavelo” en: *Obras clásicas del pensamiento político*. Santiago de Cali: Universidad del Valle.
8. SKINNER, Quentin. (1984), *Maquiavelo*. Madrid: Alianza Editorial.
9. WEBER, Max. (2002), “El político y el científico”, en: *La política como vocación*. Buenos Aires: Alianza.

## BIBLIOWEB

1. <http://www.whitehouse.gov>
2. <http://www.elpais.com>
3. <http://jihadwatch.org>
4. <http://www.who.int>